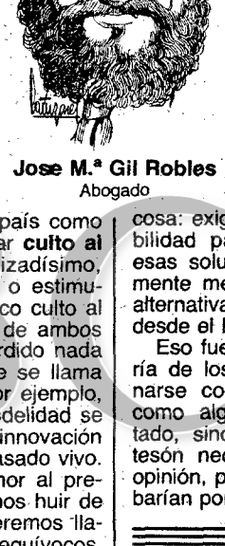
NI JARANEROS NI ALBOROTADORES: RESPONSABLES

Por José María GIL-ROBLES

LA Universidad Complutense ha tenido el acierto de publicar una selección de documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956, efectuada por el vicerrector don Roberto Mesa, con el título «Jaraneros y alborotadores». Entre esos documentos hay una «declaración personal e informe polémico» que Dionisio Ridruejo dirigió a los miembros de la Junta Política de FET y de las JONS, encargados de dictaminar sobre aquellos sucesos. De ese extenso informe, que brilla por la claridad, lucidez y calidad literaria tan características de los escritos de Dionisio, creo que merece la pena destacar algunos párrafos, particularmente ilustrativos, en relación con ese término, **cambio,** tan traído y llevado hoy.

Después de situar el cambio como algo intermedio entre la salida normal y en continuidad de una situación a otra, que se llama reforma, y la salida con ruptura de continuidad, como un salto brusco en lo previsible, que se llama revolución, Dionisio advierte: «Pero quien piense que un cambio político es otra cosa que una ocasión más favorable para cumplir con el propio deber, para trabajar y esforzarse, quien piense que un cambio político es la buena ocasión para que todo se arregle y no haya obligación de cumplir —como somos inclinados a pensarlo los españoles—, ése es, naturalmente, un sinvergüenza disfrazado de iluso.»

No sólo los españoles nos hemos dejado llevar a menudo de esa ilusión; en tiempos de vacas flacas, como los que está atravesando el mundo, hay una tendencia inevitable a buscar un cambio taumatúrgico. Como gráficamente expresa Ridruejo, a «echar la culpa a la política de todas las cosas que van mal —aunque nada tengan que ver con ella— y esperar de la política, como de un talismán milagroso, el remedio de todas las deficiencias y la solución de todos los problemas, incluso de aquellos que la política no podrá nunca resolver... Culpando de todo a la política y esperándolo todo de ella, se tiene la ventaja de que la pregunta ¿y qué hago yo personalmente para que todo ande mejor?, parece superflua». La irrupción de las técnicas publicitarias en la vida política tiende a reforzar esa idea equivocada del cambio. Se venden las solucionse políticas como las lavadoras, los automóviles o los pisos: poniendo de relieve los argumentos de facilidad, de economía de esfuerzo y de comodidad, y minimizando el coste que hay que pagar por el nuevo producto.



Jose M.ª Gil Robles
Abogado

El peligro de esas ilusiones utópicas, que suelen acabar en hondos desencantos, es especialmente agudo en nuestra Patria por dos razones: a) la incultura política, reforzada por cuatro décadas de paternalismo autoritario y de falta de ejercicio del voto; y b) el fenómeno que Dionisio Ridruejo describe así: «En un país como España, eso que pudiéramos llamar **culto al futuro** ha vivido siempre radicalizadísimo, acaso por tener como contrapeso o estimulante un terrible y no menos fanático culto al pasado. En la oscilación pendular de ambos extremos los españoles hemos perdido nada menos que ese valor inmenso que se llama tradición, que tanto envidiamos, por ejemplo, a los ingleses, y por el cual toda fidelidad se descarga como un proyecto y toda innovación conserva grandes cantidades de pasado vivo. Su secreto es, en definitiva, el amor al presente, del que los españoles solemos huir de un modo sistemático. Y si no queremos llamar a eso tradición por ahorrar equívocos, llamémoslo simplemente continuidad: la cosa que une en sí los valores de la conservación y del cambio, de la fidelidad y el progreso.»

Por eso, en la transición política de la reforma al cambio ha sido factor de especial importancia una Monarquía cuyo titular ha sabido simbolizar la tradición no como culto al pasado, sino como asunción responsable del presente. Nunca agradeceremos bastante a S. M. el Rey que haya sabido resistir las propuestas de constituirse únicamente en símbolo del pasado, como gustaría a algunos, o en encarnación del futuro, como preferirían otros; y que en lugar de caer en esa fácil tentación haya demostrado que la Institución monárquica puede servir y sirve a la integración de las tendencias históricas conservadoras y progresistas, en un juego dialéctico de mutuo respeto e interacción.

Preciso es reconocer que, en este sentido, la actitud de los principales partidos políticos ha sido responsable. Como responsable ha sido la campaña electoral por arte del actual presidente del Gobierno por su insistencia en apelar a la ética del esfuerzo y del trabajo bien hecho. De las soluciones preconizadas o de las que se pongan en práctica es lícito, y aun será obligado en ciertos casos, discrepar; pero la discrepancia deberá mantenerse en ese mismo tono de responsabilidad y exigencia si queremos que, como decía en aquella ocasión Ridruejo, «nadie en España vuelva a emperezarse en el milagrismo de las ideologías y los recetarios de la taumaturgia política, porque el problema de España es el problema de la conducta, del sentido de la responsabilidad, del trabajo y de la inteligencia de los españoles. Quien espere algo de cualquier fórmula y no contraiga antes un compromiso de exigencia para consigo mismo, ése no espera nada de verdad, como no sea pescar a río revuelto».

El gran desafío para los partidos de la oposición está ahí: en no ceder a la tentación de explotar demagógicamente los sacrificios que exige todo cambio; en acompañar la crítica a las medidas de Gobierno de soluciones alternativas ancladas en el realismo, el rigor y la autoexigencia. Algunos destacados miembros de esos partidos predicen, ocultando apenas su delectación, una gestión de los actuales gobernantes tan catastrófica que les llevaría a perder en pocos meses o años el capital de confianza conseguido en las últimas elecciones. Desde una perspectiva mínimamente responsable, no creo que éste sea un panorama que quepa desear. Víctimas de ese desacierto seríamos todos, sin beneficio para nadie. El patriotismo exige hoy otra cosa: exige aprovechar este período de estabilidad parlamentaria para ir construyendo esas soluciones no milagrosas, sino simplemente mejores, que puedan ofrecerse como alternativa a las que se vayan implantando desde el Poder.

Eso fue lo que hicieron en su día la mayoría de los protagonistas de 1956, sin ilusionarse con una pronta caída del régimen, como alguien equivocadamente ha comentado, sino poniendo toda la paciencia y el tesón necesarios para ir difundiendo en la opinión, poco a poco, las soluciones que acabarían por triunfar.

GRUPO ASEGURADOR
Líder nacional solicita:
Licenciados o alumnos de 5.º de Derecho y/o Económicas,
para cubrir varias plazas en la provincia de Madrid en los siguientes puestos:
— ASESORES DE VIDA
— INSPECTORES DE PRODUCCION
— ASESORIA JURIDICA
Ramo de automóviles
Incorporación inmediata y reales posibilidades de promoción futura
Interesados enviar currículum y fotografía reciente al señor Garsol, Apartado de Correos 923-Madrid

ANTIGUAS LIQUIDACION
Puertas, ventanas, contraventanas, en cuarterones
Teléfono 429 10 44

AYUNTAMIENTO DE MADRID
DELEGACION DE CULTURA
BANDA MUNICIPAL DE MADRID
Director: MOISES DAVIA
CENTRO CULTURAL DE LA VILLA
Domingo 13 de marzo de 1983, a las 12,00 de la mañana
PROGRAMA:
EL CERTAMEN (Pasodoble), J. Sánchez.
MIGNON (Obertura), Thomas.
LA TEMPRANICA (Selección), Giménez.
SEPTIMA SINFONIA, Beethoven.
I. Poco sostenuto, Vivace. II. Allegretto. III. Scherzo. IV. Allegro vivace.

TOLDOS-LONAS
48 HORAS
FACILIDADES
Tls. 471 25 16, 472 33 27 - 472 39 54

ABC (Madrid) - 12/03/1983, Página 21
Copyright (c) DIARIO ABC S.L, Madrid, 2009. Queda prohibida la reproducción, distribución, puesta a disposición, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de esta web, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización, incluyendo, en particular, su mera reproducción y/o puesta a disposición como resúmenes, reseñas o revistas de prensa con fines comerciales o directa o indirectamente lucrativos, a la que se manifiesta oposición expresa, a salvo del uso de los periodistas para su información diaria, conforme a la ley de propiedad intelectual.